

sin atenuantes. Su tan gritada imparcialidad queda, pues, reducida a proporciones justas y evidentes: fué, por lo menos, admirador del tirano, y el valor histórico de su libro pierde así todo el mérito que él le atribuye con generosidad excesiva.

Hay, a pesar de todo, en este libro de Lamar, datos interesantes que conviene no dejar inadvertidos, y acaso el de más relieve, y también el más ignorado, por lo menos en Chile, sea el que se refiere a la actitud de los estudiantes cubanos durante el régimen de tiranía. No un puñado, sino una masa de héroes dió la juventud de Cuba en ese período negro de su historia política. Y el autor de este libro tiene en las páginas que le dedica la única prueba de su imparcialidad. Aunque sea, a fin de cuentas, imparcialidad a regañadientes.

Libros en que se debate la política lugareña hacen legión en estos países de habla española. Pero muy pocos son los que se leen con el agrado de este que Alberto Lamar destina a comprobar una página obscura y feliz de la diplomacia norteamericana. Como que en su amenidad está su mérito más cierto.



LA TIERRA HERIDA. Poemas de *Manuel Navarro Luna*. (Con un ensayo de Juan Marinello).

El hondo poeta que es el cubano Navarro Luna, ya consagrado en la lírica de Hispanoamérica por sus libros «Surco» y «Pulso y onda», ha llegado ahora hasta la entraña de su pueblo sufriente, y nos da en los poemas de ésta su última obra un fuerte y bello grito de artista ante la amargura sin alivio de la plebe cubana.

Otros poetas antes que él —y en México, más que en parte alguna— pusieron su talento lírico al servicio de la causa proletaria. Pero casi todos ellos convirtieron su obra en propaganda chillona y chabacana, y no supieron librarse del conta-

gio revolucionario, de cuanto tiene de político y de combativo el credo revolucionario en todos los países de la tierra. Lo dice Juan Marinello, el poeta que ha llegado a ser guía espiritual de la juventud americana, y lo dice de manera maestra en el ensayo «Tierra y canto» que a guisa de prólogo trae el libro de Navarro Luna; «En el verso revolucionario el poeta ha de permanecer en todo tiempo a la defensiva, ha de defenderse a cada hora, a cada segundo, de los gestos externos que quiere imponerle la multitud luchadora. Sólo penetrando el sentido íntimo, impar, de esos gestos, puede revertir eficazmente su talento exaltador sobre las masas mismas».

Este libro de Navarro Luna no encierra una postura a la moda, hoy que hasta los escritores que fueron siempre solitarios y egoístas quieren enrolarse en el movimiento de izquierdas que agita al mundo. El grito de este gran lírico de Cuba le sale desde lo íntimo, y está quemante en las palabras atormentadas y augurales de su canto generoso:

Hijo mío:

sé tú de los primeros en echar a guerrear las quemaduras de tu
frente,

en echar a guerrear tu pecho para que la tierra se levante;

sé tú de los primeros en afilar la boca para derribar las
espesuras intactas de la sombra;

en socavar el corazón de las tinieblas,

en romper las vértebras sacralizadas del horror

y en golpear, con tus brazos, el duro silencio del monte;

sé tú de los primeros en precipitar la sangre de Dios

al laberinto de las tumbas;

sé tú de los primeros en morir para que nazca el hombre:

No hay en los cinco poemas que forman «La tierra herida» (1) un asomo de concesión al primitivo criterio artístico

(1) Sariol y Cía.—Manzanillo, Cuba, 1938.

de la masa en efervescencia. El poeta se mantiene como tal, afirmando en toda su verdad las palabras de Marinello, y consigue así que su bellissimo libro sea el canto angustiado de un gran poeta de América.



LOS ROMANCES ARGENTINOS, por *Arturo Capdevila*.

Brava tarea la de este poeta en sus Romances: narrar episodios de la historia de su patria sin incurrir en la vulgaridad de lo patriotero ni en el lirismo altisonante de los poetas del pasado siglo.

La maestría técnica de Arturo Capdevila y su dominio cabal del idioma en su país en que casi se habla y se escribe en dialecto, dan a este libro aparecido hace muy poco en Buenos Aires el sello preciso de lo clásico americano.

El romance tradicional español, narrativo por excelencia, recupera en esta obra del gran poeta argentino todo el significado que ha ido perdiendo en manos de quienes, olvidando su origen popular, que exige, por eso mismo, sencillez y claridad, quisieron transformarlo en un poema subjetivo, lleno de imágenes y de resonancias dispares.

Estos «Romances Argentinos» (1) de Capdevila son otra cosa que los romances de Luis Cané, en que la imaginación del poeta tomó buena parte para evocarnos magistralmente escenas y tipos de la vida colonial en el Plata. El mismo, en una nota a su «Romance de los saraos y cadalsos del Alto Perú», fija la verdad histórica de un hecho desfigurado por Bernardo Frías en su «Historia de Güemes» y nos dice sin ambages: «Trabajando en este romance he venido a verificar, tal como en otras

(1) Editoriales Reunidas, S. A. Buenos Aires, 1938.